



La actuación en la historia.

Misión del cristiano y punto de partida del encuentro con Dios

José A. Gimbernat, S. I.

Epocas pasadas presenciaron el frecuente absentismo de los cristianos en la construcción y edificación del mundo. La teología actual se preocupa de señalar al cristiano —especialmente al laico— como elemento esencial, su vocación activa en la marcha de la historia, en la elaboración de un futuro intramundano hacia el que progresamos. Esta acción es un lugar de privilegio para su encuentro religioso con Dios.

El pensamiento filosófico cristiano clásico ha determinado primordialmente al Absoluto, Dios, como un ser trascendente. Esta idea ha sido expresada, para su vulgarización y comprensión por el pueblo, con categorías espa-

ciales que nos han hablado de un Dios del "más allá", habitante solitario de un cielo "encima de nosotros". El es el creador del mundo de "acá abajo", objeto de nuestra experiencia. Dios es, pues, lo supramundano.

Este esquema imaginativo ha especificado gradualmente consecuencias propias en la vida religiosa de los creyentes. Ha configurado una espiritualidad de características determinadas. La vida relevante, verdadera, era la "otra". El hombre religioso debía por tanto huir en espíritu de este mundo, "fuga mundi", para acercarse lo más posible a ese "más allá", residencia del Absoluto.

Ciertamente esta concepción tradicional partía de una preocupación válida; era necesario sensibilizar la verdad incuestionable de que el Absoluto no es homogéneo con la creación. El filósofo y el teólogo efectuaban en su interior mecánicamente las correcciones necesarias para depurar la idea de Dios de todos los elementos espacio-temporales.

Crisis de esta mentalidad

Sin embargo todo este presupuesto imaginativo, que a lo largo del tiempo ha determinado una mentalidad teológica y antropológica particulares se haya hoy en crisis. Su gran peligro ha sido desdeñar lo intramundano al confrontarlo con lo supramundano. Hoy por el contrario, puestos en la disyuntiva de elección, el humanismo y el sentido práctico del hombre moderno apuestan por lo terreno. El mal de la mentalidad clásica estriba precisamente en esa necesidad, que en la práctica ha presentado, de elegir uno u otro mundo.

El obispo anglicano Robinson en su propagado libro "Honest to God" ha analizado la caducidad de la idea de Dios como lo "supramundano". Hoy nos parece inadapta. Las vivencias espirituales de nuestro tiempo añoran un cristianismo comprometido con el hombre, con el mundo y su futuro. Compromiso que para el creyente nunca debe suponer un materialismo.

Actitudes de los cristianos ante el devenir histórico

Es un signo de los tiempos la valoración del presente, del devenir, del quehacer histórico. Los humanismos modernos, los vigentes sistemas políticos han descubierto el valor de la praxis, de la acción, de los proyectos y sus realizaciones por un futuro mejor intramundano. Su pensamiento y actuación suponen un reto al cristianismo. Frente a él este puede adoptar tres actitudes:

a) considerar ese reto sin sentido, pues el cristiano no es de este mundo.

b) actuar y colaborar en la construcción de este mundo, pero con la conciencia intranquila de que de alguna manera se está traicionando la vocación del cristiano. No se conoce, ni se vive una fundamentación teológica seria que respalde y justifique. Se padece de una psicología de "intruso", por cooperar sin ser llamado en la labor propia de los demás hombres no creyentes.

c) conciencia de que la vocación cristiana posee una misión en la historia del mundo. Su acción debe ser refrendada con una teología espiritual preocupada en la construcción del futuro.

Teilhard de Chardin en "*El medio divino*" plantea de manera nítida esta problemática:

«En nuestro tiempo la gran objeción que se hace al cristianismo, la verdadera fuente de desconfianza que hace impermeables para la Iglesia bloques enteros de la Humanidad, no es precisamente una dificultad de orden teológico o histórico, Es la sospecha de que nuestra religión hace a sus fieles *inhumanos*.

«El cristianismo, piensan a veces los mejores entre los gentiles, es malo o es inferior, porque no lleva a sus adeptos allende la Humanidad, sino que los deja fuera y al lado de ella. Los aísla en lugar de fundirlos con la masa. (...) En resumen, cuando con nosotros trabaja un católico, tenemos la impresión de que lo hace por condescendencia, y sin sinceridad. Parece que se interesa en el trabajo. Pero, en el fondo, por su religión, no cree en el esfuerzo humano. Su corazón no está ya con nosotros. El cristianismo crea desertores y falsos hermanos: he aquí lo que no podemos perdonarle».

Esta objeción —añade Teilhard— sería mortal si fuese verdadera.

A causa de la actitud de diálogo a la que es tan sensible nuestra época, existe una verdadera preocupación en los cristianos por exponer y profundizar en una teología de la acción intramundana. La obra de Teilhard es, sin duda, uno de los intentos más serio y afortunado por devolver el cristiano al mundo. El creyente —según su pensamiento— cuando actúa en el mundo, lo hace incluso con más derecho que el que no lo es. La inoperancia terrena es una traición religiosa.

Es evidente que el desafío más poderoso y de mayor resonancia nos viene del campo marxista. Son los teólogos preocupados de diálogo con esta política, los que intentan asimilar de la praxis marxista todo lo que en ella existe de auténticamente humano y valioso para asumirlo en cristiano. De esta forma será factible crear un clima y unas bases que posibiliten el diálogo fecundo.

Teología del porvenir del hombre

Deseamos exponer a continuación algunas ideas de los citados pensadores

católicos sobre el camino de una teología del futuro histórico. (1)

El marxismo es una esperanza de un futuro. Esperanza activa, confiada en sus propias fuerzas, en la construcción de ese porvenir mejor, que se realizará conforme a sus proyectos.

No existe contradicción entre la esperanza del porvenir marxista y lo que enseña el cristianismo sobre el porvenir de la humanidad y del individuo. La aportación de lo cristiano es llenar el vacío que deja una esperanza meramente humana del futuro. La historia, la expectación del futuro, tienen un profundo significado religioso.

El cristiano lo comprende todo desde lo que todavía está por venir. El pasado queda interpretado por el futuro que llega. El presente sólo adquiere su pleno sentido trascendente cuando rehusa cerrarse en sí sin esperanza, y tiende a lo Absoluto, aún no plenamente presente.

Las fuentes de esta concepción brotan de la Biblia. Frente a una mentalidad helénica estática, de una trascendencia sin historia, nos encontramos con un pueblo que busca esa trascendencia en un futuro históricamente comprometido. Ese pueblo vive una historia que es una historia de salvación; su caminar se sostiene en la esperanza de un futuro trascendente que se le

(1) Las ideas del presente artículo, están en parte documentadas en la conferencia tenida por K. Rahner el pasado año en Salzburgo, en los coloquios entre cristianos y marxistas. Publicada en *Orientierung*, 15 de mayo; traducida al francés en *Informat. cathol. intern.* 15 de junio de 1965. Igualmente he utilizado la conferencia de J. B. Metz, en los mismos coloquios (véase *Selecciones de teología* n. 18), y el artículo del mismo autor *Schöpferische Eschatologie*, *Orientierung* 15 de mayo de 1966.

revelará en su marcha por el tiempo. Debe, pues, empeñarse en fabricar su porvenir, que es el lugar sagrado de su encuentro con lo divino. En oposición a un Dios por "encima de nosotros", tenemos un Dios por "delante de nosotros". Se proclama la realidad de un devenir, y este no desemboca en el vacío, sino en el futuro absoluto, es decir, Dios.

Vivir cristianamente significa contar con el porvenir, que es el venir del misterio de Dios. El mundo, la naturaleza, los hemos hecho hoy más manejables que nunca. Paralelamente podríamos hacernos la ilusión de que el futuro también está definitivamente a nuestra disposición. Sin embargo, el futuro sigue siéndonos tan incierto e incluso más oscuro que nunca. La acción humana más eficaz, no puede eludir lo imprevisto. Los grandes proyectos de manipular la historia no nos evitan el siempre caminar hacia un *futuro escondido*, que, a la vez que lo actualizamos, nos viene dado de manera imponderable. El futuro no es de nuestra propiedad.

Nos sentimos inermes arrojados a él. No somos pura acción, también nos vemos definidos como receptividad. En el futuro, "todavía no" realizado, se muestra la inminencia de lo absolutamente indispensable, inmanipulable, de lo absolutamente incondicionado a cualquier plan del hombre. Y no sólo por la limitación siempre inherente a todo proyecto humano, sino por experimentar al Absoluto en el futuro como lo esencialmente incontrolado.

Desaparece así la disociación entre futuro (mundano) y trascendencia (supramundano) en la unidad de Dios, futuro trascendente.

La actividad del cristiano en la historia

La historia es una tarea cristiana que hay que realizar, una tendencia a

lo que todavía no es. La auténtica virtud no es sólo la contemplación y la posesión de la recta verdad: la ortodoxia; es sobre todo la traducción de ésta en recta acción: ortopraxis. Su finalidad es la instauración del reino de Dios en este mundo.

Trabajamos, pues, por el logro de un futuro. La actitud cristiana es de positiva abertura a todo el esfuerzo humano. Pero nuestro dinamismo hacia la acción no cesa, ni se satisface, en un porvenir intramundo. Todo trabajo por el futuro es a la vez búsqueda del futuro absoluto. Hay que salvar sin embargo la tentación de absolutizar todos los proyectos y realizaciones relativas.

La Jerusalén celeste no es una ciudad escondida, de la que únicamente hay que esperar el que se nos desvele. La ciudad de Dios del siglo futuro no es simplemente algo acabado, existe ya como un fin lejano y oculto. Nuestra única relación posible con ella sería entonces el recurso a la representación imaginativa o contemplativa.

Por el contrario la ciudad escatológica es para nosotros una tarea, algo todavía por hacer; mientras esperamos y caminamos hacia ella, haciendo historia, nosotros mismos la estamos edificando. Somos constructores y no sólo intérpretes del porvenir escatológico. El cristiano es colaborador en la edificación del futuro Reino de la Paz y la Justicia.

El fundamento último de toda actuación histórica del hombre es la plenitud de Dios; el término supremo es Dios mismo, que pone en movimiento todo el dinamismo del devenir; al final Dios se entregará como culminación. El es como finalidad de la historia, la ley que rige, la realidad que produce su desarrollo.

El amor evangélico promotor de lo humano

Una fenomenología del hombre nos le presenta como el ser poseedor de una tendencia activa a proyectar y realizar su porvenir. El evangelio enseña que el amor a Dios y a los hombres no es sino una misma cosa. Cuando alguien se entrega a una causa humana en razón de la dignidad del hombre, por amor, simultáneamente se pone de parte de Dios. Somos, como cristianos, promotores del hombre y lo humano. El amor, pues, a Dios y a los hombres, debe hacernos defensores de todo lo auténticamente suyo, como lo es el dinamismo a la acción y transformación del futuro. El cristiano por esencia no puede ser ajeno de ninguna manera a esa realidad; traicionaría su amor al prójimo por estarse negando en algo que lo constituye. Debe afirmarlo; procurar actuar en sí y en los demás esas virtualidades activas.

El amor hace que todo nuestro proyectar y realizar no tenga ni como finalidad, ni como principio, el individualismo, sino que adquieren una dimensión comunitaria. Nos importan todos los planes de la comunidad humana; no nos pueden ser indiferentes; en todo lo que tienen de recto y justo son también los nuestros.

Jesucristo es la manifestación objetiva e histórica del amor de Dios por la humanidad, del don de Dios, que representa el porvenir absoluto del hombre. En Jesucristo ese don es creíble. Hablar de Jesucristo es afirmar que el mundo posee un porvenir absoluto, que el devenir del mundo tiene por término a Dios.

Tenemos esperanza

La virtud específica, en esta concepción del cristianismo como devenir, es la esperanza. La fe cristiana es una fe

que espera. Más allá de nuestros deseos, de nuestro obrar, está el Dios porvenir. El "Dios de la esperanza". Los cristianos son "los que tienen esperanza"; se encuentran confortados con la misma persuasión de San Agustín de que "esperar a Dios significa tenerlo". Esperanza en el futuro. Esperanza también de que al final de la historia, Dios espera al mundo como definitivo don.

La actitud de los creyentes no es la de simples expectadores en un mundo que hacen los otros, sino la esperanza activa de un mundo al que cooperamos. Es una esperanza productiva y combativa. La escatología cristiana nunca puede ser espera pasiva de individuos sentados en una más o menos cómoda sala de espera ante la puerta de la eternidad. Los cristianos "no sólo debemos beber algo, sino también tenemos algo que cocinar", ha dicho Ernesto Bloch.

La historia es el espacio necesario para nuestra esperanza. El pecador espera ser perdonado en el tiempo. El fracaso y la desesperanza pueden ser corregidos en la esperanza de un futuro en el que está Dios. El escepticismo puede ser derrotado en la apuesta por un porvenir más grande que nosotros mismos. La esperanza creadora del cristianismo no es un "optimismo militante" en un futuro fabricado por nosotros; no es una afirmación incondicionada de nuestros proyectos humanos; no es una visión adivinadora del porvenir. La escatología cristiana no es una ideología, junto a las demás, sobre el mañana; no posee una proyección mental previa de lo que efectuará en el mundo. Lo que la distingue de cualquier plan quinquenal de acción, de toda ideología vigente, no es que pretenda saber más, sino que sabe menos del futuro concreto de la humanidad. Es semejante a la fe en esperanza de Abrahán: "Por la fe Abrahán al ser llamado obedeció, y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber adónde iba." (Heb 11,8).

Pero nuestra esperanza perdura donde el optimismo de los demás acaba. Más allá del fin, de la muerte, el cristiano sigue esperando contra toda esperanza tangible. Allí donde nuestros programas no alcanzan, permanece la esperanza en el Dios que está por venir.

Esta esperanza no es privada. Queda constituida en la mirada hacia los demás, hacia el mundo de nuestros hermanos. Se encuentra en el amor que se olvida de sí para entregarse al otro, al más pequeño. En ese amor adquiere su consistencia; en él acaece la realidad anticipada de una esperanza más fuerte que la muerte: "Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos" (1 Juan 3,14).

No sólo la esperanza cristiana se realiza en la comunidad, sino que es esperanza de la comunidad. En oposición a un individualismo o a un objetivismo físico, la actual teología escatológica activa debe expresarse en términos comunitarios. La esperanza creadora militante que la define debe radicarse en todo el mundo como comunidad. Es primigeniamente referida a las concretas dimensiones sociales. Aspira a la paz universal y a la justicia definitiva.

La vocación cristiana de verificar el dinamismo humano hacia la construcción del futuro histórico en amor y esperanza comunitarios, nos permite hablar —según la expresión de Metz— de la elaboración de una Teología política.

El futuro, punto de partida de la metafísica religiosa

La experiencia cristiana del futuro, comprometido históricamente, se nos muestra como un punto de partida posible de una metafísica religiosa.

En su primera época la metafísica y la religión arribaban a la trascendencia en la contemplación estática de la naturaleza. En los últimos tiempos el lugar de privilegio de esta experiencia ha sido el dinamismo subjetivo del hombre. La trascendencia se manifestaba como la condición de posibilidad de nuestra tendencia ilimitada a conocer y al bien. El hombre, ser abierto a la trascendencia, la exige como absoluto incondicionado en cada acto de conocer y de amar. Por estar abierto a lo absoluto es capaz de entender y amar lo relativo como tal. Flechado a lo trascendente, el hombre capta, a la vez que desborda, lo limitado. Lo finito es una fuente que no puede saciar la sed del hombre.

De manera análoga podemos razonar en el nuevo lugar de privilegio que es para el mundo moderno su tendencia y su acción en busca del porvenir. Este, obra del hombre, queda enmarcado en un espacio y tiempo determinados. En cada programa, en cada realización, captamos lo efímero de esos sueños y acciones humanas. Esta limitación la vivenciamos por estar abiertos a un futuro trascendente más grande que el hombre y su obra. La condición de posibilidad del dinamismo creativo, siempre insatisfecho, es precisamente la abertura al futuro absoluto. El hombre se encuentra así, en su acción histórica, con la llamada —siempre rehusable— al encuentro de la realidad infinita que todo lo abraza, del horizonte de todas sus posibilidades, del misterio santo anterior a toda acción creada.